

Ocupaciones humanas del Pleistoceno terminal en el occidente de Venezuela¹

José R. Oliver

Institute of Archaeology
University College London

Charles S. Alexander †

Department of Geography,
University of Illinois at Urbana-Champaign

INTRODUCCIÓN

En este estudio se discuten los resultados de las investigaciones de campo realizadas en 1984-85 en la cuenca de El Jobo, en el Valle del Río Pedregal del Estado Falcón, en el occidente de Venezuela, región en donde la serie paleoindia joboide fue identificada por J. M. Cruxent por primera vez. La investigación fue concebida como un primer acercamiento para comprobar o refutar la validez de la hipótesis propuesta por Cruxent: la correlación entre cuatro etapas de terrazas aluviales y la secuencia crono-tipológica de El Camare, Las Lagunas (etapas pre-proyectil), El Jobo y Las Casitas (etapas con puntas de proyectil). Se demuestra que las terrazas de la cuenca de El Jobo sí pueden ser correlacionadas y fechadas y que, además, presentan transgresión cronológica. Las terrazas de menor elevación arrojan fechas del Holoceno, entre 6670 y 1060 y años A.P. (Terraza I) y en sus segmentos superiores fechan entre 10,000 años A.P. (Terraza IA) y posiblemente más de 15,700 años

¹ Dedicado a la memoria de Charles S. Alexander y Carlos Shubert

A.P. (Terraza IB). Con base en fechados y a la tasa de transgresión cronológica se estima que la Terraza II, tradicionalmente asociada al complejo Las Casitas, debe tener más de 20,000 años A.P. Por otro lado, las Terraza III y IV, tradicionalmente asociadas a los complejos El Jobo y El Camare-Las lagunas, deberían ser considerablemente mucho más antiguas, más de 20,000 años A.P. Investigaciones en el sitio Piedra de Chispa (CX-342) muestran las relaciones entre el taller lítico 'T1' y las gravas/sedimentos aluviales de la Terraza III. Este taller muy probablemente estuvo asociado a un período cuando éste descansaba sobre una vega activa o cuando la vega había sido recientemente abandonada; es decir, cuando la Quebrada de El Jobo había comenzado su fase de migración e incisión lateral, dejando en su paso sedimentos y capas de grava. Dicha interpretación trae serios problemas ya que las fechas asociadas al complejo El Jobo en Taima-taima son entre 13,400 y 12,600 años A.P., mientras que el estimado geocronológico de la Terraza II ya sugiere fechas de más de 20,000 años A.P. Finalmente se demuestra que el sitio cabecero El Camare no está ubicado en terrazas aluviales, mientras que Las lagunas se ubica en un abanico aluvial, por lo cual no pueden ser fechados por medio de correlaciones con procesos aluviales. Este estudio incluye discusiones acerca de la serie joboide y, particularmente, del reciente descubrimiento de puntas de tipo 'clovisoides' y 'cola de pescado' en El Cayude, en la Península de Paraguaná. Parece ser que mientras que en Paraguaná existe una mayor diversidad de complejos e industrias paleolíticas, en la tierra firme del occidente venezolano hay una clara preponderancia de la serie joboide.

Este ensayo acerca de la ocupación humana a finales del Pleistoceno terminal fue primero escrito en 1989 y presentado en la *Reunión Cumbre '89*, organizada por el *Center for the Study of the First Americans* (ahora ubicado en Oregon State University), celebrado en la Universidad de Maine, Orono, EE. UU. Esa versión fue corregida en abril de 1999 para su publicación en inglés en el volumen *Ice Age Peoples of South America*, editado por Ruth Gruhn (en imprenta). A raíz de la amable invitación de Gerardo Ardila Calderín, y tras la participación de Oliver en una serie de ponencias en la Universidad Nacional de Colombia, el estudio ha

sido traducido y, hasta cierto punto, modificado y ampliado para esta versión en español.

Aunque el trabajo que se presenta en estas páginas se refiera a investigaciones realizadas en el valle del Río Pedregal entre 1984 y 1985, los datos e interpretaciones se presentan por vez primera en español, por lo cual la información sabemos que será novedosa para los colegas en Latinoamérica. Además este ensayo también incluye una discusión algo más extensa que la versión inglesa acerca de las investigaciones del paleoindio en la región occidental venezolana. Se discutirán datos referentes a sitios de la costa caribeña del Estado Falcón y sierras del Estado Lara y, en particular, de la Península de Paraguaná (Falcón), esta última es un área que ha arrojado materiales de suma interés e importancia para el tema de poblamientos humanos durante la etapa final del Pleistoceno en el norte de Sudamérica.

El occidente de Venezuela tuvo un momento de gran visibilidad en la literatura, participando activamente en los acalorados debates entre: (a) los que apoyaban la tesis que los primeros pobladores suramericanos se derivaron directa o indirectamente de los cazadores especializados con una tecnología lítica de proyectiles tipo Clovis y (b) los que apoyaban la hipótesis de una entrada a Sudamérica anterior a Clovis y con una tecnología pre-proyectil o bien una tecnología generalizada. El sitio de Taima-taima, excavado por J. M. Cruxent y otros colegas, fue un foco neurálgico de esas acaloradas discusiones entre paleoarqueólogos “pro-Clovis” y “contra-Clovis” a lo largo de casi tres décadas, a tal punto que pareciera como si *todo* lo que existe de evidencia de ocupaciones de los primeros paleoamericanos para Venezuela se limitara únicamente a ese particular matadero. Mucho le debemos a José M. Cruxent el hecho que desde 1957 hasta finales de la década de los ochenta el paleoindio venezolano –ejemplificado por Taima-taima– haya permanecido en la conciencia colectiva de los colegas arqueólogos y al frente de las discusiones a nivel hemisférico.

Tristemente, desde finales de la década del ochenta, la arqueología del paleoindio de Venezuela ha quedado prácticamente paralizada. Cruxent ya tiene alrededor de 90 años de edad y está retirado de las actividades de campo; no existe en estos momentos nadie

que haya podido asumir *efectivamente* el liderazgo de Cruxent, ni tampoco podemos ya esperar que Cruxent llegue a publicar su *opus magnum* acerca del paleoindio venezolano. Las tesis de licenciatura de Arturo Jaimes Queros (1989) en Las Tres Cruces en la Serranía de Baragua (Estado Lara) y de Alex Morgantti (ver Sanoja y Morgantti 1985) en Paraguaná fueron las únicas basadas en trabajo de campo. La década de los noventa, es aún más parca; la investigación de campo se limita a una noticia preliminar de Jaimes (1998:25-27) sobre las excavaciones en El Vano, un sitio con restos de megaterio en la Sierra de Barbacoas (Estado Lara).² El hecho es que desde el retiro efectivo de Cruxent no ha habido aportes de envergadura que sean comparables a los de Taima-taima.

La súbita muerte en 1988 de mi colega y coautor de este trabajo, Dr. Charles Alexander, (afectuosamente conocido como "Dr. A"), seguida luego por la prematura muerte de uno de los grandes baluartes de la geología y paleoecología cuaternaria venezolana, Dr. Carlos Schubert (ver Donelley 1995), fueron mortales para el avance de la arqueología paleoindia.

Una inspección de la literatura publicada desde 1989-90 hasta el presente deja claramente sentado que, para los arqueólogos del exterior (especialmente norteamericanos), el único sitio Paleoindio que vale la pena mencionar en los textos y literatura acerca de Venezuela es Taima-taima (por ejemplo, Wilson 1999:160-162). Esto se debe, en parte, al tesón con que Cruxent, Bryan, Gruhn y asociados, argumentaron, discutieron y publicaron en foros internacionales los datos así como las interpretaciones. Y, en parte, también se debe a que Taima-taima representa el sitio mejor documentado a favor de la presencia humana hacia el ~13,000 A.P. en Venezuela, que además encaja con la imagen confortable de un matadero con restos de megafauna extinta. Hoy por hoy, muchos colegas ya aceptan que la tecnología de proyectiles tipo El Jobo debió desarrollarse independientemente de la de Clovis en

² Dillehay (1997:662) erróneamente denomina a este sitio como "Los Baños". De hecho, la confianza que se desprende de la cita de Dillehay con respecto a la asociación de materiales El Jobo con el megaterio de El Vano es, en la opinión de Gerardo Ardila (comunicación personal) prematura.

Norteamérica y muchos aceptan, como veremos más adelante, que esta ya estaba en uso hacia los ~13,000 años A.P. *

No es sorprendente observar en los textos de arqueología (v.gr., Wilson 1999:160-161) que la imagen que se presenta acerca del modo de vida (adaptación) y tecno-economía de los primeros habitantes de Venezuela, por fuerza, es estereotipada. Nos los presentan como cazadores de mastodontes (o megafauna extinta) que los acorralaban en áreas anegadizas (manantiales ascendentes, pozos artesianos), mediante el uso de unas puntas de proyectil (tipo El Jobo) para extenuar al animal y que con una serie de artefactos elaborados *ad hoc* (es decir, *instrumentos de fortuna*) para cortar, raspar y machacar, mataron y luego descuartizaron el animal *in situ*. Sin embargo esta es sin lugar a dudas una visión extremadamente miope de los modos de adaptación y de vida de los primeros habitantes del occidente de Venezuela. Ciertamente Taima-taima ha sido el sitio mejor investigado y reportado, pero esa alta visibilidad en los textos para cursos universitarios (ver Fagan 1987:67, Olsen Bruhns 1994:52-53, Feidel 1992:167) místicos (Dillehay 1997: 662, 808; G. Haynes 1991) y en otros medios de divulgación popular (v.gr., *National Geographic* Vol. 156(3): 356-357) tiene como consecuencia reforzar la imagen tecno-económica de los grandes cazadores de mamíferos extintos como el paradigma por excelencia de los primeros 'sudamericanos' en hollar Venezuela.

Una de las razones principales para la tenacidad de esta visión del paleoindio venezolano es el hecho que los expertos, como por ejemplo Thomas Lynch (1990) e incluso Alan Bryan (1970), habrán declarado que la larga secuencia paleoindia propuesta para la región de El Pedregal —la primera micro-región estudiada por Cruxent en 1956— era imposible de constatar y cotejar ya que los eventos tectónicos de esa región distorsionaron los controles macro-temporales (secuencias de terrazas aluviales) en los cuales se basaban las distribuciones de complejos paleolíticos de El Pedregal. Y este edicto fue precisamente el que nos retó y motivó a comprobar la tesis de Cruxent mediante nuevas investigaciones geocronológicas.

*NOTA: Todas las fechas precedidas del símbolo '~' expresan 'aproximadamente' el número de años A.P.

Pero, además, hay otra razón latente: si bien Taima-taima representa una (cacería) de las múltiples actividades económicas de los paleoamericanos en un período cercano a los 13,000 años A.P., los complejos líticos regados por las terrazas del Río Pedregal tienen el potencial de arrojar información para toda una gama variada de actividades tecnológicas y paleoeconómicas. Más aún, según la apreciación inicial de Cruxent, en esa micro-región de El Pedregal, existe la posibilidad de constatar una larguísima secuencia cronológica -de más de 16,000 años A.P. (Cruxent 1968:13) en la cual los cazadores de Taima-taima se encontrarían representados más o menos hacia la mitad de ese desarrollo cultural y tecno-económico. Pero para siquiera poder considerar la posibilidad de diferenciar áreas de actividad en referencia a los conjuntos de rasgos (talleres, canteras, campamentos, etc.) para inferir patrones y cambios en los 'modos de vida', economía y otros aspectos socio-económicos, es imprescindible determinar primero si es o no posible obtener un control geocronológico en esta región, puesto que la mayoría de los rasgos y artefactos se encuentran en la superficie en diversos estados de preservación y de desintegración (por erosión).

Nuestras investigaciones del 1984-85 se enfocaron testarudamente a formular el marco geocronológico en el contexto de las formaciones y deformaciones de los paisajes aluviales de la cuenca de El Jobo, en el curso medio del Río Pedregal. Este marco "macrotafonomico" (y geomorfológico) es lo que, a fin de cuentas, *cualifica los procesos que explican* en que forma surgen a la superficie de las terrazas tanto los rasgos (elementos o *'features'*) como los implementos aislados de materiales paleolíticos y, por ende, amplia la posibilidad de evaluar las correlaciones entre conjuntos de elementos materiales en el tiempo y espacio; es decir, *los contextos* (para una discusión teórica de *contextos*, ver Schiffer 1995:25-45). Entre otras cosas, queremos responder a las preguntas básicas iniciadas por Cruxent de cuándo y en qué orden fueron ciertos paisajes aluviales abiertos y accesibles para la ocupación, tránsito y/o uso humano; pero además queremos indagar qué factores están involucrados en la formación, configuración, preservación, destrucción y/o modificación de las terrazas y de los paisajes que observamos en el *presente*; qué implican estos factores con respecto a la distribución de materiales culturales

y en cuanto a su preservación e integridad. No es, por ahora, una estrategia productiva discriminar entre conjuntos de elementos y artefactos para establecer clasificaciones de artefactos con implicaciones temporales, o funcionales, o socio-culturales en El Pedregal sin primero establecer un control geocronológico.

Aún con todos los problemas de tectonismo, de erosión, de contextos superficiales, en este estudio hemos podido dar el primer paso que nos permite elaborar el marco macro-temporal de la secuencia de la apertura y accesibilidad de paisajes aluviales. Como además sabremos más acerca de los procesos involucrados en la formación y subsecuentes cambios de dichos paisajes, contaremos con mejores modelos interpretativos de las fuerzas físicas, posdeposicionales que afectaron los contextos originales de los ensamblajes líticos y/o rasgos, cuyos patrones repetitivos, en teoría, permiten deducir comportamientos humanos y actividades socio-y tecno-económicas de culturas particulares. Sin embargo, resta aún mucho trabajo, pues nuestro énfasis en la geomorfología y geocronología aluvial—como el primer paso lógico para controlar el carácter y naturaleza de los contextos— en un futuro deberá ser complementado con un intenso y sistemático estudio de todos los rasgos (conjuntos con integridad horizontal y vertical) y lo que estos implican en términos de actividad social y tecno-económica.

PARTE I INVESTIGACIONES PREVIAS PALEOINDIAS EN VENEZUELA OCCIDENTAL (1956-1983)

1.1 Introducción

La historia de los debates relativos a la llegada de los primeros humanos al Nuevo Mundo liderado principalmente por arqueólogos en Norteamérica ya son bien conocidos (v.gr., ArdilaCalderín y Politis 1989; Bate 1983; Bryan 1973, 1983, 1986b; Cruxent 1970, 1971; Dinacuze 1984; Feidel 1996, 1999; Haynes 1974; Lynch 1974, 1983, 1990; R. S. Mac Neish 1976; Ochsenius y Gruhn [1979] 1986; Owen 1984; Roosevelt et al. 1996). Por lo tanto, en este ensayo no tocaremos este tema más de lo indispensable. Baste decir que los res-

menes presentados por Ardila (1991), Dillehay et al. (1992) y Cooke (en prensa, 1996) enfatizan una visión más abierta pero sobria y cautelosa, en la cual la prioridad temporal y tecno-económica provista en el modelo de los 'cazadores especializados de megafauna Clovis' ya no puede ser considerada como la única explicación de la multiplicidad de patrones exhibidos por los primeros pobladores de las Américas. Ni tampoco se desbocan hacia una fanática insistencia a que los primeros pobladores suramericanos debían ser de una tecno-economía determinada (pre-proyectil, o recolectores y cazadores de economía generalizada).

Ciertamente, desde un punto de vista personal, el escenario que surge para Sur América es uno que acepta que lo que se tiene entre manos en cuanto a evidencia es un *palimpsesto* de adaptaciones y tecno-economías que denotan una gran diversidad de modos de vida, cuyos intrincados detalles de su historia 'filogenética' y de sus rutas 'evolucionarias' (divergencia, convergencia, paralelismo, etc.) aun no pueden ser delineadas con precisión. Simples modelos basados en radiación evolucionaria, tal como el conocido modelo 'extinción de la megafauna' propuesto por Paul S. Martin (v.gr., 1973), no pueden dar cuenta ni explicar de todos los datos que se manejan en el presente. A modo de ejemplo y análoga, lo que podemos 'visualizar' por el momento no son más que las 'hojas' y 'ramajes' vistos desde de lo alto de un vasto bosque tropical de varios estratos. ¿Cómo es que esas 'hojas' y 'ramas' llegaron a ubicarse en esos puntos; cómo llegaron a reproducirse y diferenciarse; cómo se relacionan a los demás ramajes y al tronco (o troncos) principal(es), y cuánto diferentes o similares son cada hoja y rama de las otras? Estas son las preguntas de contingencia histórica y de procesos evolucionarios que hacen de la investigación del paleoamericano una gesta realmente estimulante y retadora. Así se desprende, por ejemplo, de la diversidad de posibilidades de procesos históricos o 'escenarios' explorados por Dillehay (1997:809; 1021).

De todas formas, con la ausencia de un necesario origen 'clovisoides', o de una postulada etapa 'pre-Clovis' (pre-proyectil), hoy ya no observamos reclamos automáticos en cuanto al mínimo temporal o un límite cronológico para la entrada de los prime-

ros paleoamericanos a diferentes regiones suramericanas, ni tampoco del tipo de tecno-economía que debían de tener. El problema de automáticamente cuestionar cualquier fechado pre-Clovis parece ya ser cosa del pasado. Así pues, generalizaciones extrapoladas de evidencias e interpretaciones que pueden (o parecen) ser viables a nivel local o micro-regional ya no han de automáticamente asumirse como explicaciones viables para otros sitios y regiones americanas.

Como puede apreciarse en los comentarios anteriores, nuestra postura actual puede describirse como histórico-particularista, o neo-boasiana, puesto que aseveramos que los datos obtenidos de los distintos complejos y tradiciones paleoindias a nivel continental aún no son suficientemente abundantes ni confiables como para modelar el desarrollo histórico de los distintos modos de vida y tecno-economías. Esto inevitablemente surge a partir de la desconfianza engendrada por la falta en nuestro campo de paleoarqueología de lo que ya en el siglo XIX William Whewell identificó ‘*concilio por inducción*’. Vale la pena citar lo que Stephen J. Gould dijo al respecto, aún cuando se refería a su tesis sobre el desarrollo de la historia natural de organismos paleontológicos a partir del ensamblaje de Burgess Shale:

The firm requirement for all science —whether stereotypical [evolutionary] or historical— lies in secure testability, not direct observation. We must be able to determine whether our hypotheses are definitively wrong or probably correct (we leave assertions of certainty to preachers and politicians). History’s richness drives us to different methods of testing, but testability is our criterion as well. We work with our strength of rich and diverse data recording the consequences of past events; we do not bewail our inability to see the past directly. We search for repeated pattern, shown by evidence so abundant and so diverse that no other coordinating interpretation could stand, even though any item, taken separately, would not provide conclusive proof.

The great nineteenth-century philosopher of science William Whewell devised the word *consilience*, meaning “jumping together,” to designate the confidence gained when many independent sources “conspire” to indicate a particular historical

pattern. He called *the strategy of coordinating results from multifarious sources consilience of induction* (Gould 1989:282; nuestro énfasis en cursiva y aclaraciones en rejillas).

Los problemas que se discutirán en las páginas siguientes de este trabajo se beneficiarán de una discusión del marco histórico en que se moldearon las preguntas y dilemas de las investigaciones paleoarqueológicas en el occidente de Venezuela. En la segunda parte de este estudio presentaremos los resultados de las investigaciones de 1984-85 en El Pedregal, mientras que en la tercera y última parte discutiremos los datos más recientes referentes a la región occidental de Venezuela, particularmente los de la península de Paraguaná.

1.2 Primeras investigaciones en el Valle del Río Pedregal (1956-1961)

En 1956, Cruxent descubrió lo que más tarde vendrá a ser conocido como el complejo El Jobo, ubicado en el Valle de El Pedregal (figuras 1a-b), caracterizado por sus diagnósticas puntas de proyectil bicónicas de sección casi cilíndrica (Cruxent 1958, 1964, 1971; Cruxent y Rouse 1957). El primer sitio fue descubierto por el Sr. Figueroa, quien luego fue baquiano de Cruxent y cuyo hijo, Temistos Figueroa, participó en nuestras investigaciones en 1984-85. Frente al hato de Figueroa (Quebrada El Jobo), se descubrió en 1955-1956 restos de un cementerio de urnas cerámicas pertenecientes a la serie dabajuroide (800-1500 d.C.) (Oliver 1991, 1997). Junto a una de las urnas el Sr. Figueroa (padre) encontró una vasija (olla) dentro de la cual se habían colocado varias puntas de tipo El Jobo, aparentemente como ofrenda funeraria. Fragmentos de esa olla y las puntas fueron enviadas al Museo de Ciencias Naturales de Caracas (Cruxent y Rouse 1961:78). Cruxent reconoció que este tipo de proyectil no podía ser de manufactura 'neolítica', dando lugar a la primera campaña de trabajo en la zona de El Jobo en marzo de 1956, seguida por un trabajo de varios meses en el verano de 1957.

Asistido en sus investigaciones por el geólogo W. Petzal, Cruxent eventualmente propuso una secuencia cultural de cuatro complejos líticos (Cruxent 1961a, Rouse y Cruxent 1963). La secuencia

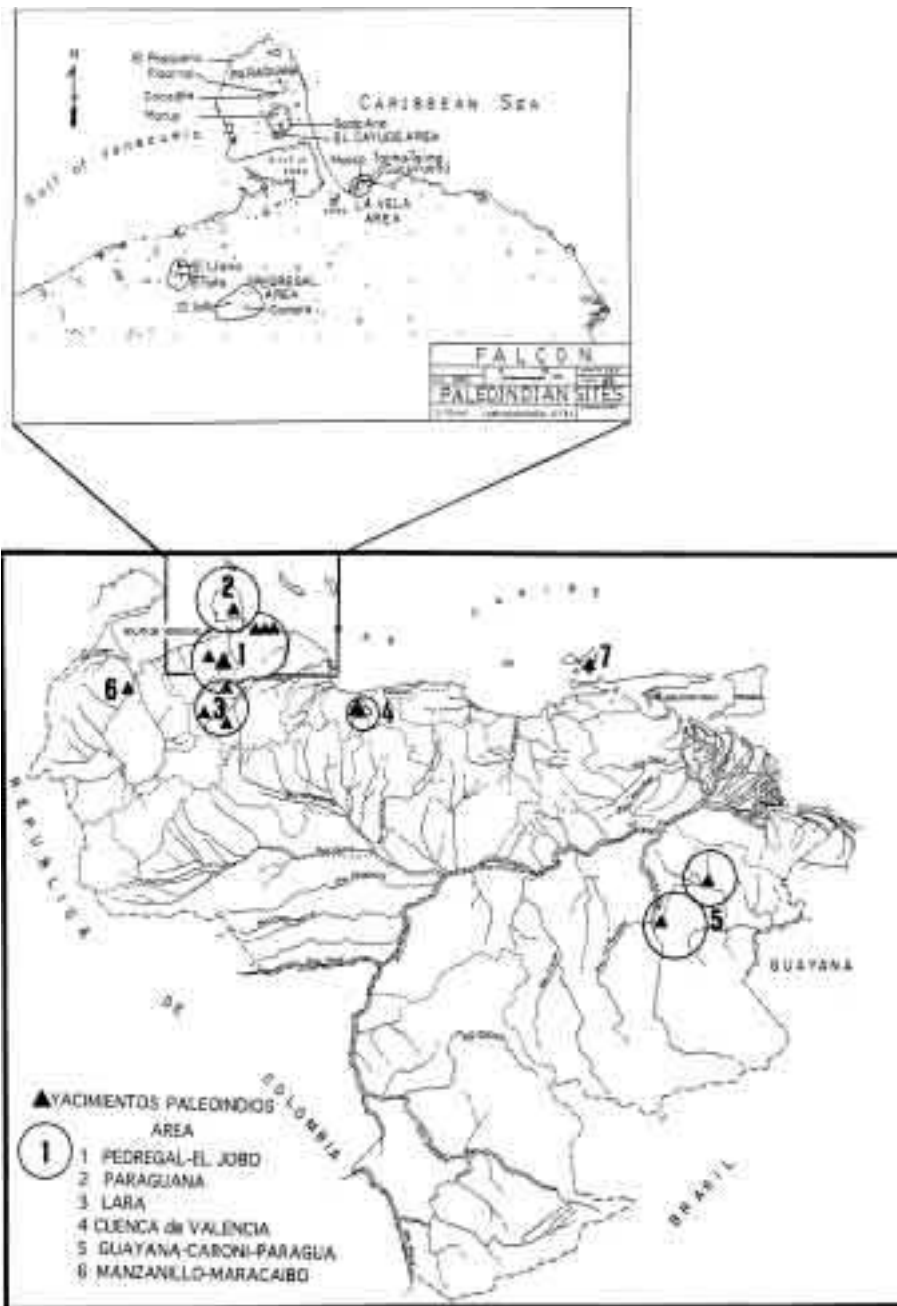


Figura 1a. Yacimientos paleoindios en el estado Falcón, Venezuela
 Figura 1b. Regiones y áreas paleoindias de Venezuela.

cronológica, a n tentativa hacia 1963, de acuerdo a Cruxent y Petzal, estaba basada en la distribución diferencial de cada complejo sobre las terrazas aluviales del Río Pedregal. La propuesta de la existencia de dos complejos iniciales caracterizados por 'choppers' y bifaces burdos de los complejos Camare y Las Lagunas, aunados a la ausencia de puntas de proyectil, presentes en los complejos El Jobo-Las Casitas, fue de las primeras en contradecir la noción que los primeros paleoamericanos de Sur América fueron engendrados a partir de la tecnología Clovis, y por ende descendientes de una 'cultura' caracterizada por una economía especializada en la caza de grandes mamíferos. Pero, en ausencia de fechas o asociaciones convencionales estratigráficas, las inferencias de Cruxent quedaron bajo sospecha (ver comentarios de otros expertos en Cruxent 1956: 176-178).

Para el año 1961 ya Cruxent había formulado una secuencia conformada por cuatro etapas de desarrollo cultural en el Valle del Río Pedregal (Cruxent 1961a, 1964, 1971; Rouse y Cruxent 1963). Tal como lo explicó en su ponencia oral en el 2^{do} *Encontros Intelectuais* en São Paulo:

La experiencia nos demostró que indudablemente se apreciaba una diferencia tipológica entre los instrumentos que se encontraban en las altas terrazas fluviales y los colectados en las terrazas más bajas o jóvenes. Lo que más nos impresionaba era la ausencia total de puntas de proyectil en las viejas terrazas [Camare-Las Lagunas], hallándose tan solo una industria de artefactos bifaciales de gran tamaño, raspadores burdos y algunos [unifaciales] plano-convexos de buen tamaño. En las terrazas medias [El Jobo], los artefactos típicamente son de menor tamaño que los hallados en las altas terrazas, y hay puntas de azagaya, y puntas de dardo de propulsor. En las terrazas más bajas [Las Casitas], encontramos incluso algunas puntas pedunculadas con aletas parecidas a [las del] complejo Canaima [Río Caroní, Guayana venezolana] (p. 4 de la versión original de la ponencia oral, luego publicada en Cruxent 1964:275-294; nuestras aclaraciones en rejillas).

Cruxent notó que los rasgos tipológicos y diagnósticos de cuatro complejos líticos estaban limitados a terrazas aluviales de altu-

ras particulares. También utilizó el principio básico de formación de terrazas aluviales para armar la cronología relativa y contrastar la distribución de los tipos de artefactos. Cruixent postuló que mientras más alta fuera la elevación de la terraza más antiguos deberían ser los materiales o conjuntos líticos en o sobre esa terraza. En la medida que uno proceda de terrazas más altas y antiguas a las terrazas más bajas y recientes, Cruixent observó que *nuevos* tipos diagnósticos de artefactos líticos se *añaden* al inventario y que el cambio significativo en los artefactos compartidos era la reducción del tamaño promedio de muchos de los tipos líticos (figura 3). Desde la más alta/vieja a la terraza más baja/joven, la tendencia era hacia la *adición* de nuevos tipos y hacia la disminución del tamaño promedio de los tipos de artefactos compartidos. En contraste, los nuevos implementos líticos diagnósticos encontrados en las terrazas más jóvenes e inferiores jamás ocurrían en terrazas de mayor elevación como *ensamblajes* o *conjuntos* (es decir, en ele-

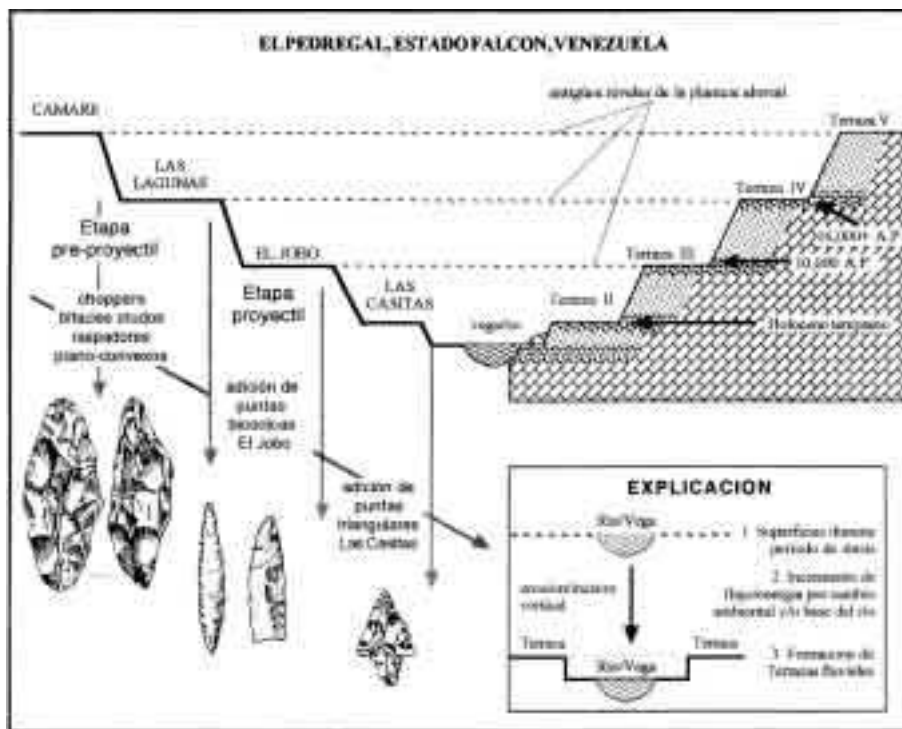


Figura 3. Modelo estereotípico de la secuencia de terrazas del Valle del Río Pedregal

mentos o *rasgos*, tales como talleres), aunque ocasionalmente se encontraban como artefactos *aislados* y de muy rara frecuencia.

En múltiples comunicaciones personales Cruxent también nos informó que en los talleres de las terrazas superiores (Camare-Las Lagunas), el lascado de desecho no era consistente con los de los talleres de las terrazas inferiores (El Jobo-Las Casitas). En las terrazas altas los talleres eran pocos en contraste a las canteras, pero los pocos ubicados siempre presentaban lascas de desecho de gran tamaño, mientras que en las terrazas más bajas *además* de los talleres de lascado burdo, habían talleres con lascas de desecho muy fino. (Los baquianos locales hoy reconocen sistemáticamente esta diferencia al denominar el lascado de desecho fino como “picadillo”.) El desecho fino es interpretado como el resultado del proceso de reducción en la producción de artefactos de esmerado acabado (y retoques secundarios), como lo serían las puntas con pedúnculo de tipo Las Casitas o las puntas y punzones de El Jobo. Pero además, los talleres de lascado fino casi siempre se caracterizaban por un material de cuarcita (frecuentemente de



Figura 4. Taller de lascado burdo, sitio Potrerito Viejo, Curaidal (Terraza I)



Figura 5. Taller de lascado fino, sitio Los Coloraditos, Vuelta de Juan Rodríguez (Terraza II)

color grisáceo), de granulometría densa y de superior calidad para la manufactura de artefactos acabados con retoques. Ejemplos de talleres de lascado burdo los detectamos en 1985 en el sitio Potrero Viejo cerca de El Cardonal, de la Terraza IA (figura 4) y de tallado fino en el sitio Los Coloraditos, Vuelta de Juan Rodríguez, en la Terraza II (figura 5).³ Cruxent, sin embargo, nos informó que los talleres con lascado fino no se han ubicado todavía en ninguna de las terrazas superiores de Camare-Las Lagunas.

Para resumir, Cruxent (1971; Rouse y Cruxent 1963) propuso cuatro complejos, cada uno de los cuales -como conjunto- se encontraba exclusivamente distribuido en una terraza en particular. De más antiguo a más reciente, los complejos son:

³ Nos enseñó que este taller de Potrero Viejo con lascado burdo está sobre una superficie de una terraza aluvial que no quedó accesible para el tránsito humano hasta cerca de 5,700 años A.P., según nuestros estudios. Es decir, el taller sin dudas debe ser posterior a esa fecha, y probablemente anterior a los 3,000 años A.P. Es decir, es el producto de grupos que transitaban la zona durante el Holoceno medio (período Arcaico).

Complejo El Camare. Las terrazas de mayor altitud alrededor del sector El Camare (figuras 6g, h), se caracterizaban por la presencia de una variedad de artefactos unifaciales (varios tipos de raspadores) y bifaciales de manufactura burda, designados comúnmente como raspadores, *choppers*, *hafted-axes*, y *hand-axes*. Los artefactos son instrumentos elaborados (percusión directa) principalmente para raspar, machacar y cortar (figura 6). Los raspadores unifaciales plano-convexos (llamados por los baquianos 'zapaticos') son diagnósticos, y de mayor tamaño y con lascado más burdo que los encontrados en terrazas inferiores (Las Lagunas o El Jobo; ver figuras 9c-d y 10a; consultar también Szabadics [1997: Foto 39]). Los talleres han sido mencionados por Cruxent, como ya anotamos, pero los datos empíricos de sus investigaciones no han sido publicados. Más numerosos en el sector de El Camare son los sitios de *cantera* (v.gr., Cerro La Pelona, Peñasquito) asociados a *choppers* (figura 7) y *hand-axes* bifaciales de gran tamaño (figura 8; ver también Szabadics [1997: Gráficos 9-11, 34-35]). En suma, Cruxent sugiere que las terrazas más altas presentaban materiales de una etapa tecnológica pre-proyectil, representando a los primeros paleoamericanos en Venezuela. Cruxent (1971) supuso que la ausencia de proyectiles líticos no era indicio de una ausencia de caza a distancia, pues intuía que las lanzas de madera debían de haber existido.

Complejo Las Lagunas. La siguiente terraza de elevación algo inferior está, según Cruxent, ubicada en los alrededores de Ciénaga Grande, en donde encontré varios sitios con materiales líticos de superficie. Los mismos tipos morfológicos de El Camare continúan produciéndose, pero son de tamaños promedio menores. Además, nuevos artefactos bifaciales de sección mucho más delgada y de mejor tallado (de formas lanceadas) aparecen como, por ejemplo, los llamados *knife-scraping tools* (instrumentos cortantes/raspadores), algunos de los cuales han sido desbastados en la zona de agarre para sujetarlos con la mano (los llamados "*backed-knives*") (figura 6e, i, j; ver además Szabadics 1997: Foto 77 fila superior, Fotos 81, 83, 86 y Gráficos 42: 9 y 43:2-3). Estos cuchillos-raspadores y los '*backed-knives*' de sección transversal oval y de base ancha (figura 6 i-j) son los más diagnósticos de Las Lagunas. Sin embargo, no existe aún un estudio tipológico suficientemente detallado como para describir exactamente cuáles y cuántos nuevos tipos diferencian al complejo Las Lagunas de El Camare.



Figura 6a-j. Artefactos y localidades de los complejos El Camare-Las Lagunas

Complejo El Jobo. El próximo nivel de terrazas inferior, particularmente en los alrededores de la Quebrada de El Jobo (figura 6a; ver también Cruxent 1956: figuras 2 y 3), el ensamblaje lítico, además de los tipos ya mencionados, incluye variedades de puntas de proyectil lanceadas, algunas de sección casi redondeada, otras más ovaladas, que ya todos conocen con el nombre de El Jobo (figuras 9 y 10). Estas puntas debieron ser espetadas en una lanza horadada en su extremo superior (figura 9 g) en lugar de ser ligadas a una lanza



Figura 7a-b. *Choppers* con lascado unifacial del sitio Paso de Coro (Bajo Río Pedregal), Ambos redepositados sobre un pequeño abanico aluvial.

Figura 8. Bifacial de lascado crudo tipo El Camare. Sitio Cx-1157, Cerro de Fidel. Colección I.V.I.C.

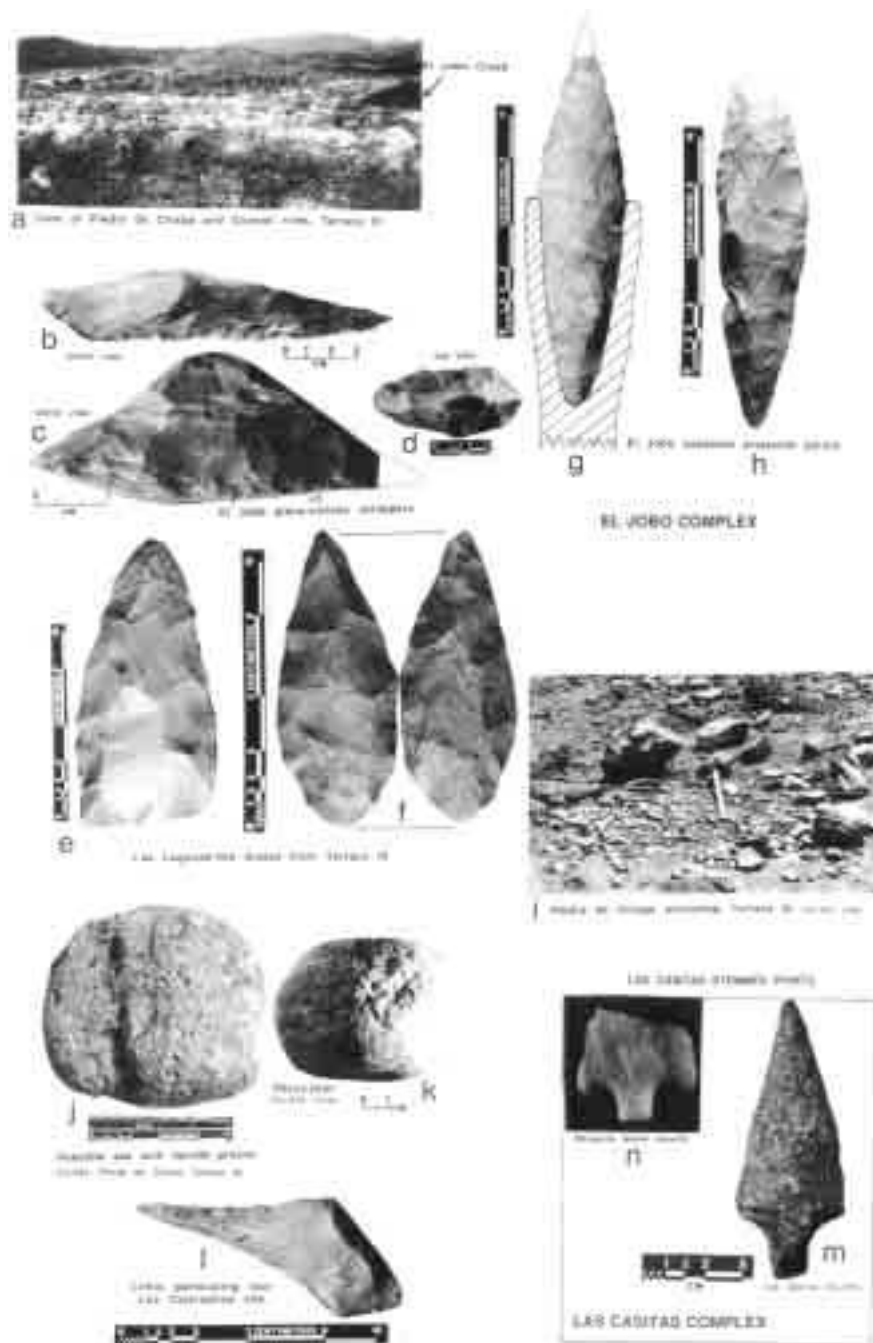


Figura 9a-m. Artefactos y localidades de los complejos El Jobo-Las Casitas.



Figura 10 (1). Raspador plano-convexo (vista dorsal); (2-3) Puntas El Jobo, modificadas y reutilizadas por grupos alfareros dabajuroides, sitio Pueblo Viejo; (4-6, 8-11) Puntas El Jobo de El Pedregal; (7) Punta aserrada, variante de El Jobo, sitio Río Eroíta.

cuyo extremo superior estaba sesgado en dos, como se intuye en el caso de las puntas acanaladas clovisoides o cola de pescado (ver también Szabadics 1997: Gráficos 41-42; Fotos 77, 79). Los talleres de lascado tanto burdo como fino miden de promedio de 1.5 a 2.5 metros de diámetro (figura 9 i), y son abundantes. Además de lascas de desecho, en ocasiones algún otro artefacto acabado (o fragmento) se encuentra dentro del perimetro del taller. Los materiales de este complejo incluyen todos los descritos para Camare-Las Lagunas (por ejemplo, el *hafted ax* de la figura 9j), pero presentan una mayor variación en el tamaño promedio de los artefactos compartidos, en adición a las puntas tipo El Jobo mencionadas. Hay una proliferación de raspadores unifaciales plano-convexos (figuras 9 b-d y 10) y punzones, algunos de éstos con mangos bien definidos, además de una infinidad de raspadores (bi- y unifaciales) y cuchillos/raspadores (Cruxent 1956: Figura 3). La abundante presencia de puntas de proyectil, para Cruxent (1971), indica una innovación tecnológica de la caza, siendo las puntas líticas aparentemente mejora sobre las supuestas lanzas de madera.

Complejo Las Casitas. Las terrazas del nivel más inferior, ubicadas en los alrededores de Las Casitas-La Meseta y El Cardonal, presentaron el mismo conjunto de tipos de artefactos que El Jobo, pero con la adición de las puntas triangulares con 'aletas' y con pedúnculos de tipo Las Casitas (figura 9n y 11; ver también Szabadics [1997: Gráfico 44:3-4, 45 y Foto 78]). Las puntas de tipo El Jobo también aparecen en estas terrazas inferiores. Las puntas de tipo Las Casitas se caracterizan por su contorno triangular (isósceles, a veces con 'aletas') y por un pedúnculo ligeramente expandido o recto (figura 11). Cruxent propuso que la desaparición de las puntas tipo El Jobo iba en paralelo con la extinción de los grandes mamíferos, mientras que las puntas más pequeñas triangulares con pedúnculo ya se ajustaban a una fauna del holoceno (Cruxent 1971).

Cruxent (1971; comunicación personal 1985) nos comentó que las puntas de proyectil 'Las Casitas' es un "arquetipo" de amplia distribución en Venezuela. Aparecen (afloradas) con alta frecuencia a lo largo del Río Caroní-Paraguay y sus afluentes (Guayana venezolana), en sitios como Canaima, Urimón, La Paragua, Pozo de

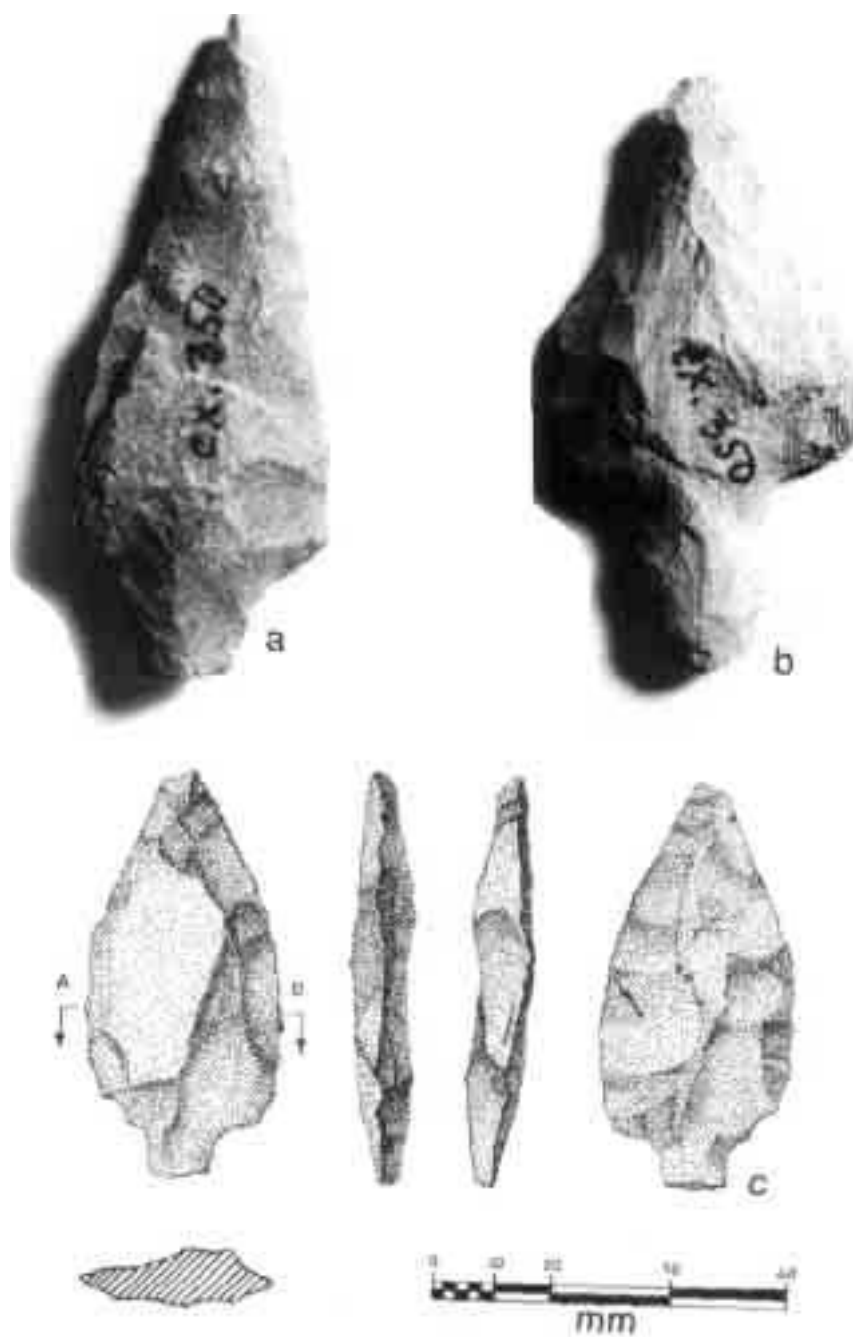


Figura 11 (a-c). Puntas triangulares tipo Las Casitas, sitio Cx-350, Casas Viejas, Terraza II. Dibujo y fotos cortesía de J. M. Cruent.

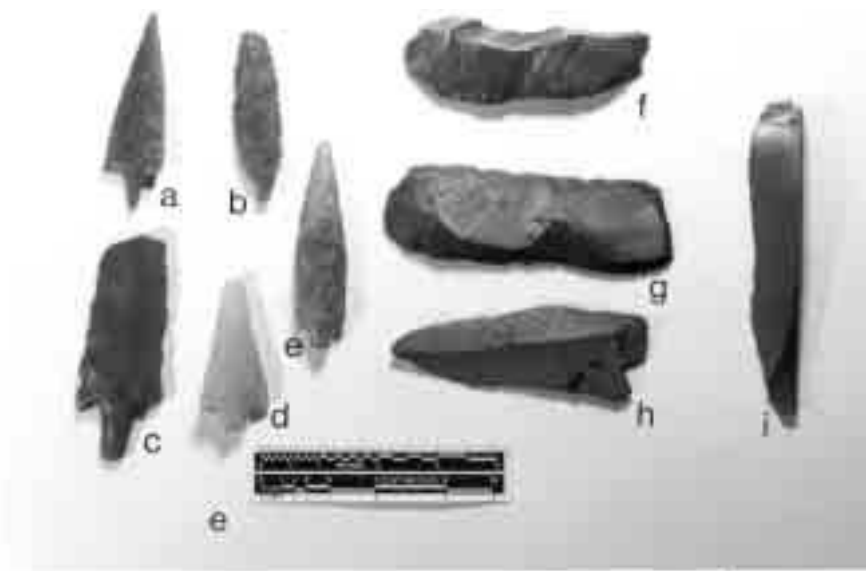


Figura 12. Artefactos líticos de Caroní-Paragua. (a) blor-24; (b) blor-31; (c) blor-37; (d) blor-20; (e) blor-30; (f) blor-26; (g) blor-36; (h) blor-34; (i) blor-35. Las muestras a, b, d, e son de cuarzo; el resto es jaspe (rojo). Colección I.V.I.C.



Figura 13. Puntas de proyectil triangulares con pedúnculos de Canaima, Guayana venezolana. Cuarto espécimen desde la izquierda y en la primera hilera es un raspador plano-convexo. Foto, J. M. Cruxent.

las Flechas, Costa Casado, Cintillo, etc. A estos Crucent (s.f.; 1971) los agrupo bajo el complejo "Canaima" (figuras 1a, 11 y 12). Muchas de las puntas de proyectil triangulares con pedúnculos, de variadas tipologías, reportadas para la macro-región Orinoco-Guayana venezolana guardan similitudes formales Las Casitas (Crucent s.f.) (ver figuras 11-13). A la vez estas parecen ser similares al tipo denominado Restrepo reportado para Colombia por Ardila y Politis (1987: Lmina 2: 3-4, Lmina 3: 4; Lopez Castaño 1995: Figura 5.1). En el bajo Río Paragua, cerca del Pozo Caruto (BLOR-32), Crucent (s.f.: 33) reportó puntas "parecidas a Las Casitas". Una punta de jaspe (rojo), BLOR-32 medía 221mm de largo (la punta distal está rota) por 34 mm de ancho máximo (de sección transversal bi-convexa) y 12mm de espesor máximo (pedúnculo = 34mm largo), cuya morfología y dimensiones como su punta acabada casi en "alfiler" recuerda a la tradición paijanense. Ésta, según Crucent (s.f.: 33) "fue hallada en el fondo del río por mineros de diamantes". Al igual que en el caso de El Pedregal y de Colombia (Ardila y Politis 1987), no hay contextos seguros, ni forma de fechar los variados tipos de puntas pedunculadas del llamado complejo "Canaima".

En Falcón y las islas venezolanas de Margarita y Cubagua, puntas con pedúnculo similares a Las Casitas y/o "Canaima" per-



Figura 14. Fragmento de punta de cuarzo blanco de probablemente del Arcaico. Isla de Margarita (aflorado).Escala x2.

duran (o aparecen) en contextos del período Arcaico, ya en el Holoceno (figuras 9 m-n y 14).

Originalmente Cruxent (1961a, 1967:4-5; Cruxent y Rouse 1963) estimó las fechas relativas de los complejos de las terrazas con base en los datos de estratigrafía obtenidos por Wolf Petzal en la localidad de Zanjón Malo (nuestra Terraza III):

Después que examinamos nuestras excavaciones y analizamos el material redepositado por el río [quebrada de El Jobo] en Sanjón [sic. Zanjón] Malo... Petzal sostuvo que el proceso de redeposición tiene que haber requerido miles de años y “posiblemente más de 10,000 años” (Cruxent 1967:4; nuestras aclaraciones en rejillas).

Y añade Cruxent que “Las Lagunas y El Camare [deben fechar] más de 16,000 años” (1968: 13). Las dos fechas de C¹⁴ (Y-348 y Y-349) obtenidas por Petzal en Zanjón Malo resultaron ser intrusas y modernas (Cruxent y Rouse 1963). Dado a las investigaciones posteriores en Taima-taima, Cruxent recalculó que estas terrazas ‘El Jobo’ y sus artefactos debían fechar entre ~16,000 y 10,000 años A.P., por lo cual se deduce que los materiales de las terrazas superiores debían ser mucho más antiguas, quizá más de 16,000 años A.P. Cruxent especuló que las terrazas inferiores ‘Las Casitas’ debían fechar, como máximo, hacia el final mismo del Pleistoceno superior; es decir, no más de ~10,000 años A.P. (ver figura 3). Veremos en la Parte II que, más bien, Cruxent y Petzal fueron muy conservadores en sus estimados para las fechas de las terrazas, puesto que el complejo de terrazas más jóvenes en niveles de elevación y por *debajo* las terrazas asociadas al complejo Las Casitas, superan los ~12,000 años A.P.

La información publicada por Cruxent referente a El Pedregal-El Jobo fue severamente criticada por la falta de información, pero más que nada, por estar basada en un razonamiento circular: los complejos (conjuntos de tipos líticos) proveen el fundamento para separar las terrazas y, al mismo tiempo, la separación de terrazas justifica la diferenciación entre los complejos. Sospechamos que hubo, además, otro efecto. El modelo de la formación de terrazas que Petzal y Cruxent manejaban *de facto* en sus investigaciones de

campo era mucho más complejo que el que se propagó *vox populi* en los pasillos y aulas universitarias: el modelo estereotipado era una imagen de un río que había creado, por incisión y luego por episodios de estabilidad, cuatro niveles de terrazas aluviales paralelas, a cada lado del valle, sobre las cuales cada una contenía un complejo lítico distintivo (ver figura 3). Cruxent y Petzal, sin embargo, fallaron al no dejar sentado claramente, y en imprenta, cuáles eran las variables y características de su modelo de formación de terrazas, dando lugar a toda una serie de críticas basadas en suposiciones creadas por los críticos. Así y todo Cruxent sabía que (en esos tiempos en que aún el método de C^{14} era experimental) la ausencia de conjuntos de materiales en contextos estratigráficos aunados a la ausencia de asociaciones con megafaunas difícilmente constituían una evidencia contundente e indiscutible de la presencia paleoamerindia durante el Pleistoceno terminal en Venezuela. En



Figura 15. Excavación de Muaco, 1961. Foto J. M. Cruxent -cortesía de I. Rouse.

adelante la investigación giró en torno a la búsqueda de sitios paleontológicos con mayor potencial arqueológico.

1.3 Investigaciones en el yacimiento de Muaco (1959-61)

El yacimiento de Muaco, ya dado a conocer desde el 1952 (figura 1b) por el ilustre paleontólogo Royo y Gómez, ofreció la primera oportunidad (figuras 15 y 16) de fecharlo. Un total de seis meses de excavaciones arqueológicas en 1961 (ver figura 15) dio lugar al primer conjunto de fechas absolutas C^{14} (~16,000-14,000 años A.P.; Ochsensius y Gruhn [1979] 1986:10). Cruxent (1961a), por vez primera, pudo constatar la profundidad temporal y antigüedad de los primeros paleoamericanos en Venezuela. En contraste a los descubrimientos anteriores en el Valle de El Pedregal, Muaco se ajustaba mucho mejor a las expectativas de una tecnología especializada cloviside. Ya que Muaco era un arquetípico sitio 'matadero-desquartizadero', quizá —razón Cruxent— este sea aceptado como



Figura 16. Excavación de Muaco. Nivel de arena gris, estrato inferior. J. M. Cruxent a la izquierda observa al Dr. Royo y Gómez inspeccionar el estrato que arrojó restos de megafauna asociados a El Jobo. Foto J. M. Cruxent -cortesía de I. Rouse.

un sitio paleoindio 'genuino'. Cruxent nunca tuvo dudas de la "mano del hombre" en Muaco. Sin embargo, Cruxent (ver 1970) estaba muy consciente de las asociaciones problemáticas encontradas en Muaco: artefactos modernos (v.gr., botellas de cristal) se encontraron mezclados con restos de megafauna y con artefactos líticos como resultado de la acción del agua del pozo artesiano, y sólo en algunas de las cuadrículas de la excavación. Pero al menos -argumenta Cruxent (1961b)- las señales de cortes en retícula que el fémur del mastodonte exhibe ('yunque') seguramente serían aceptados como evidencia de la 'mano del hombre' en contemporaneidad con un mamífero extinto del Pleistoceno terminal (figura 17).

A pesar que las asociaciones entre artefactos, huesos de mastodonte (algunos además quemados) y fechas en Muaco eran muy dudosas, la presencia del hueso de mamífero extinto con cortaduras definitivamente artificiales animó a Cruxent a reanudar la búsqueda de otros sitios con megafauna que presentasen mayor inte-



Figura 17. Fragmento de hueso de mastodonte con señales de cortes. Muaco. Foto J. M. Cruxent -cortesía de I. Rouse.

gridad estratigráfica. En gran medida la prematura muerte de Royo y Gómez a finales de 1961 fue la causa por la cual muchos de los datos estratigráficos y de contextos nunca fueron publicados. De todos modos, la búsqueda de un sitio idóneo condujo a Cruxent y a Royo y Gómez al ahora ya famoso matadero de Taima-taima y, en 1969 al sitio costero de la Quebrada de Cucuruchán, ambos ubicados a corta distancia al este de Muaco.

1.4 Investigaciones en el sitio de taima-taima (1962-presente)

Taima-taima lo descubrió Cruxent en 1961 (figuras 1b y 18), pero dado a la precaria salud de Royo y Gómez las primeras excavaciones no se efectuaron hasta marzo de 1962 (Rouse y Cruxent 1963:34-35). Esta campaña fue seguida por otras en forma más o menos continua hasta 1967 y reiniciadas otra vez en 1970 (figura 19). Todas las campañas fueron dirigidas por Cruxent (1967, 1970, 1971; para una historia más completa, ver Cruxent y Ochsenius en Ochsenius y Gruhn [1979] 1986:12-13). Durante el periodo entre 1977 y 1985 no hubo más excavaciones en Taima-taima, pero desde aproximadamente 1985 hasta hace poco, Cruxent reanuda la excavación, ampliando la de 1976 hacia el sur y este, pero limitándose a decapotar solo las unidades estratigráficas su-



Figura 18. Manantial ascendente de Taima-taima en 1989. Vista al Oeste. En primer plano se ve el área de excavación de 1976, al fondo y norte (adyacente al cují) las excavaciones de circa 1962 (ver Figura 19).

periores (Unidad IV – II). Los resultados de las excavaciones después de 1977 y las ampliaciones posteriores a 1989 en Taima-taima nos son desconocidos.



Figura 19. Excavación de Taima-taima en 1962. Foto Cruxent; archivo de I. Rouse. Sobre el pedestal se notan dos carapachos de gliptodonte.

Los resultados preliminares de las campañas iniciales de Cruxent (v.gr., Cruxent 1967), al no ajustarse los tipos líticos ni las fechas a las expectativas de un origen y difusión clovisioide, fueron rechazados por una mayoría de los paleoarqueólogos, especialmente por norteamericanos (v.gr., Lynch 1974, V. Haynes 1974). Fue a raíz de esta situación que, según nos lo contó Cruxent (comunicación personal, 1984), yo decidí invitar a un grupo internacional de especialistas a conformar el equipo de trabajo, aprovechando la oportuna visita a Falcón en 1976 de R. Gruhn y A. Bryan (1987:6). Ofrecí la dirección a Bryan y Gruhn pensando que un equipo dirigido por arqueólogos canadienses, y avalado por R. Casimiquiela y C. Ochsenius, animar a los escépticos colegas norteamericanos a considerar los nuevos resultados como aceptables; en ellos, yo confiaba que confirmarían sus previas interpretaciones.

Las extensas excavaciones (80 m² se sumaron a los ±150 m² ya excavados) dirigidas por Bryan, Gruhn y asociados se realizaron en 1976 (Ochsenius & Gruhn [1979] 1986; ver también la reseña de Ardila 1987). Taima-taima presenta la mejor evidencia de pun-

tas de proyectil tipo El Jobo asociadas a megafuana extinta (principalmente *Haplomastodon* juvenil) y a fechas de al menos 13,000 años AP. para Venezuela (Gruhn y Bryan 1984). Las fechas de C_{14} del estrato (Unidad I, parte inferior) de arena gris (*convoluted gray sand*) que recubre el pavimento de rocas del mioceno abarcan un periodo máximo entre ~13,390 y 12,600 años A.P. (Figuras 20a-b), mientras que el nivel de mayor intensidad de descuartizamiento del *Haplomastodon* se fecha mediante el análisis C_{14} de restos orgánicos de ramitas masticadas, arrojando unos ~13,000 años A.P. (Bryan 1986a, 1986b; Bryan et al. 1978). Además de unos pocos fragmentos de proyectil tipo El Jobo Cruxent ([1979] 1986) describiendo un número de raspadores, instrumentos de lasca y otros artefactos designados como instrumentos de fortuna (*expedient tools*) ubicados en el estrato inferior de arena gris (ver Cruxent 1967). Sobre el pavimento de rocas miocenas se encontraron más restos óseos impactados de *Haplomastodon* y *Stegomastodon*. La única fecha convencional (Y-1199) proveniente de la base (o pavimento de piedras del mioceno) produjo resultados equivocados, pues la fracción inorgánica arrojó solo 7590



Figura 20a. Estratigrafía de la pared norte de la excavación de Taima-taima, 1962. Foto Cruxent; Archivo I. Rouse. COLOR

años A.P., mientras que la orgánica produjo $14,400 \pm 435$ años A.P. La fauna analizada por R. Casimiquiela (en Ochsenius y Gruhn [1979]: 1986:68-69) para este estrato inferior (Unidad I, parte inferior) incluye además los géneros *Equus*, *Paracotterium*, *Glossoterium* y *Glyptodon*. (Ver también carapacho de *Megaterium* ubicado en la Unidad II, parte superior [figura 20a]).

Los datos de Taima-taima, tal como fueron interpretados por Cruxent y sus colegas (Ochsenius y Gruhn [1979]: 1986), implican que la presencia de puntas bicónicas, lanceadas de proyectil tipo El Jobo eran cronológicamente anteriores y tecnológicamente diferentes a las puntas acanaladas tipo Clovis, por lo cual postularon un origen independiente a la tradición cloviside norteamericana. Cruxent ([1979]1986:77-89, 1967) además reporta la presencia de varias formas de machacadores (*hand-axes* y *hafted-axes*) de cuarcita, así como raspadores de 'jaspe' y/o 'calcedonia'. No exis-

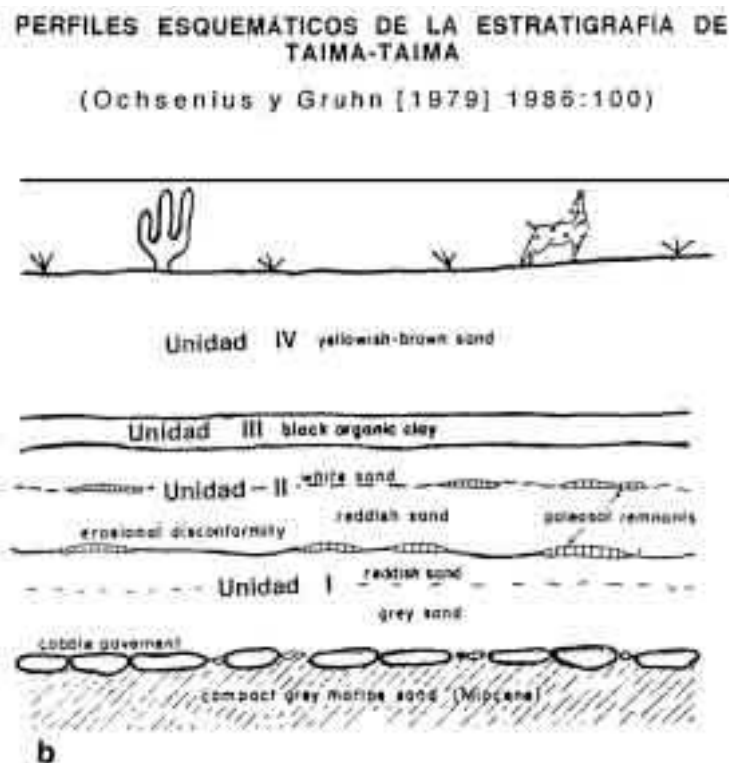


Figura 20b. Perfil esquemático de Taima-taima, según Ochsenius y Gruhn.

ten canteras conocidas de 'jaspe' (*chert* rojizo) en Falcon, aunque recursos de chert y/o calcedonia se conocen para la Fila de Tausabana, en Paraguaná; pero lo significativo es que ambos materiales son exóticos en la localidad de Taima-taima. Uno de los raspadores fue encontrado adyacente a un ulna y otro adyacente al maxilar inferior del *Haplomastodon*. Cruxent describe yunques líticos y seos, además, huesos intencionalmente modificados. Una sección media de una punta de proyectil El Jobo (no. 211/1) fue localizada en la cavidad pectoral derecha del *Haplomastodon*; otros dos fragmentos de punta se localizaron en previas excavaciones (1968 y 1974), una adyacente a una tibia (figura 21) y la otra cerca de la región pélvica del *Haplomastodon*. Todas las puntas de proyectil fueron elaboradas en cuarcita, material abundante en toda la región falconiana.

Las 27 fechas de C^{14} fueron cuidadosamente evaluadas por Bryan y Gruhn (en Ochsenius y Gruhn [1979]: 1986:53-58), por lo cual aquí solo citaremos el resumen en relación a la estratigrafía. Cabe antes recalcar que solo cinco fechas (USGS-247, IVIC-672, UCLA-2133 más otras dos contaminadas por lignito provenientes



Figura 21. Fragmento de punta tipo El Jobo adyacente a una tibia de *Haplomastodon*. Taima-taima. Foto Cruxent

del pavimento de rocas) fueron rechazadas por los autores. Por nuestra parte, nosotros desconfiamos además en la fecha equivalente de la fracción orgánica e inorgánica del hueso ubicado sobre el pavimento mioceno (IVIC-191-2 y 191-B) y, por razones similares, la fecha IVIC-191-1 del hueso de estrato Unidad I. En el primer caso la fecha orgánica es de $14,400 \pm 435$ años A.P. mientras que la fracción inorgánica (carbonatos) del mismo hueso arroja 7590 ± 100 años A.P.; por otro lado la muestra IVIC 191-1 ($13,010 \pm 280$ años A.P.) no fue sujeta a un análisis de la fracción inorgánica. Con excepción de estas últimas, concordamos con las conclusiones de Bryan y Gruhn (consultar figura 20a-b):

En resumen, el análisis de las fechas de radiocarbono obtenidas de las muestras de Taima-taima permiten una determinación segura que la deposición de la Unidad I [*convoluted gray sand*] tuvo lugar entre 13,400 y 12,600 años A.P., al igual que [nos permite determinar] que el mastodonte juvenil fue matado y descuartizado alrededor de 13,000 años A.P. [... La fecha] aparentemente anterior a $11,860 \pm 130$ años A.P. proveniente de una muestra (IVIC-655) de madera [recobrada] anteriormente es consistente con la interpretación que esta madera era una raza que se extendió hacia la capa de arena gris saturada en tiempo en que el suelo se estaba desarrollando sobre la superficie de la capa Unidad I. Por lo tanto, la interpretación de la cronología de la estratigrafía es que los animales cuyos huesos quedaron impactados sobre el pavimento de rocas vivieron alrededor de 14,500 años A.P. [nosotros diríamos sólo que son anteriores a 13,400 años A.P.]; la arena que comprende el estrato Unidad I se depositó entre 13,400 y 12,600 años A.P.; la matanza del mastodonte ocurrió alrededor de 13,000 años A.P.; la capa que recubre la Unidad I se estaba desarrollando hacia 11,860 años A.P., cuando los animales que constituyen el ensamblaje final aún vivían. Después, la superficie (paleosol I) se erosionó, la arena que constituye la Unidad II fue depositada y, luego, otro suelo (paleosol II) se formó en su superficie, sólo para ser inundada más tarde, entre 10,300 y 9,600 años A.P. durante la deposición del estrato Unidad III, la capa de arcilla orgánica. Al menos otra capa más, Unidad IV, se formó, la cual permanece sin fechar (Bryan y Gruhn en Ochsenius y Gruhn [1979]1986:57-58; nuestra traducción y aclaraciones en rejillas).

Como ya indicamos, Cruxent reanudó excavaciones en Taimaitaima hacia el 1988-89 y sabemos que continuaron hasta por lo menos 1993, ampliando la sección al sur y este del bloque excavado durante la campaña de 1976. No hay aún noticias ni trabajos publicados de los resultados. Finalmente, sabemos que hay planes de erigir un museo *in situ* sobre la zona excavada del sitio (Wagner comunicación personal, 1998), pero el cual *aparentemente* ha sido



Figura 22. Vista general de plano de inclinación de la Quebrada y sitio Cucuruchú.



Figura 23. Nivel inferior fosilífero de Cucuruchú. Wolf Petzal observa la preparación de un carapacho de gliptodonte.

desarrollado sin los estudios adecuados que evalúen los efectos de la estructura techada sobre los recursos arqueológicos y ambientales.

1.5 Investigaciones en la Quebrada de Cucuruchú (1969)

Las excavaciones en la Quebrada de Cucuruchú (figura 1a) (abril de 1969), en contraste a Taima-taima, no arrojaron contextos seguros. A pesar de la abundancia de restos de megamamíferos, como *Eremotherium*, *Glyptodon*, y *Haplomaston*, la asociación de los restos óseos (figuras 22-23) con materiales líticos 'joboides', incluyendo al menos dos fragmentos de punta El Jobo (figura 24), muy probablemente, fue el resultado de erosión y redeposición por arrastre (coluvial) proveniente de puntos desconocidos dentro de esa pequeña cuenca de desagüe de Cucuruchú. Por otro lado, Ochsenius (en Ochsenius y Gruhn [1979]1986:12) sugirió que el atrinchamiento de la quebrada ocurrió durante la última regresión marina,



Figura 24. Ubicación de un fragmento de punta tipo El Jobo en la parte inferior del estrato fosilífero en Cucuruchú. Todas de la excavación de enero, 1969. Fotos de J. M. Cruxent.

y que por causa de efectos neotectónicos la quebrada comenzó una nueva fase de incisión que cortó a través de los depósitos fosilíferos. Esta explicación contrasta con la interpretación de Cruxent (1970:224) y Petzal respecto a que los animales habrían sido matados en la vecindad de una laguna. De hecho, la ausencia de datos publicados de la excavación limita las posibilidades de evaluación. Otros descubrimientos de sitios con megafauna entre 1980-83 por el paleontólogo Jean Bocquetin-Villanueva —entonces investigador de la Universidad Francisco de Miranda— en la zona entre Tara-tara y Cucuruch no arrojaron ninguna evidencia de artefactos humanos.

1.6 Excavaciones en Manzanillo, Maracaibo, Estado Zulia (1960-1963)

El sitio de Manzanillo (figura 1a) ubicado sobre un farallón que ha dejado expuesta la Formación El Milagro (¡y no es de la Formación “Rodríguez”!) fue investigado entre aproximadamente 1960 y 1963 por Cruxent (1962). La base de esta formación está caracte-



Figura 25. Bloque de excavación en El Manzanillo, Maracaibo. Maderas fósiles de la Formación El Milagro *in situ*. Posibles artefactos se observan en la cuadrícula inferior derecha. Foto Cruxent.

rizada por restos fosilizados de maderas y carbones (figura 25). Siete sectores fueron sondeados y excavados, arrojando lo que parece ser un instrumental relacionado a los complejos Camare-Las Lagunas, tal como los definió Cruxent (1962:576-577) (figura 26 y 27). No hay ningún otro material asociado, ni huesos, ni tampoco restos alimenticios u orgánicos. Solo existe un informe preliminar publicado por Cruxent (1962), además del resumen de Rouse y Cruxent (1963). Aparte de una posterior recapitulación del paleoindio venezolano por Cruxent (1971), nunca más se le ha vuelto a hacer referencia en la literatura. Las críticas generalmente son acerca de la naturaleza de los “artefactos” de Manzanillo y a la falta de datos de los contextos estratigráficos. Cruxent, en su primer informe fue cauteloso, sugiriendo que algunos litos de madera fosilizados presentan características que se repiten (un patrón) en las diferentes unidades excavadas (ver figura 26) y que, por su similitud morfológica con los artefactos Camare-Las Lagunas, eran muy probablemente hechos por seres humanos (ver Cruxent 1962: figuras 6 y 7). Entre estos hay los siguientes posibles artefactos: bifaces tipo El Camare (más pequeños, pero de ‘lascado’ burdo), raspadores con un solo filo activo, machacadores o *choppers*, *hand axes*, raspadores *turtle-back*, cuchillos, y *planes* (cepillos) además de ‘evidencias’ de lascas con bulbos de percusión y plataformas con punto de percusión. Un caso ilustrado por Cruxent (1962) presenta percusión bipolar.

En términos puramente morfológicos, los materiales seleccionados por Cruxent parecen guardar ciertas homologías con los materiales de El Camare, a pesar de las diferencias de materia prima. Sin embargo, la ausencia de análisis de uso y desgaste, la ausencia total de otras evidencias en los contextos excavados -como talleres, áreas de “actividad”, e incluso de uso o importación de otras materias primas exóticas- inspiran poca confianza en el estatus de Manzanillo. Los resultados de las excavaciones nunca han sido debidamente informados y, desafortunadamente, nunca llegamos a discutir a fondo este yacimiento con Cruxent por lo cual no podemos añadir mayor información. Concluimos con el dato que las zonas excavadas por Cruxent hoy se encuentran bajo áreas de desarrollo urbano y con la opinión que a Manzanillo, de todos los sitios hasta ahora mencionados, es al que menos confianza le otorgamos.

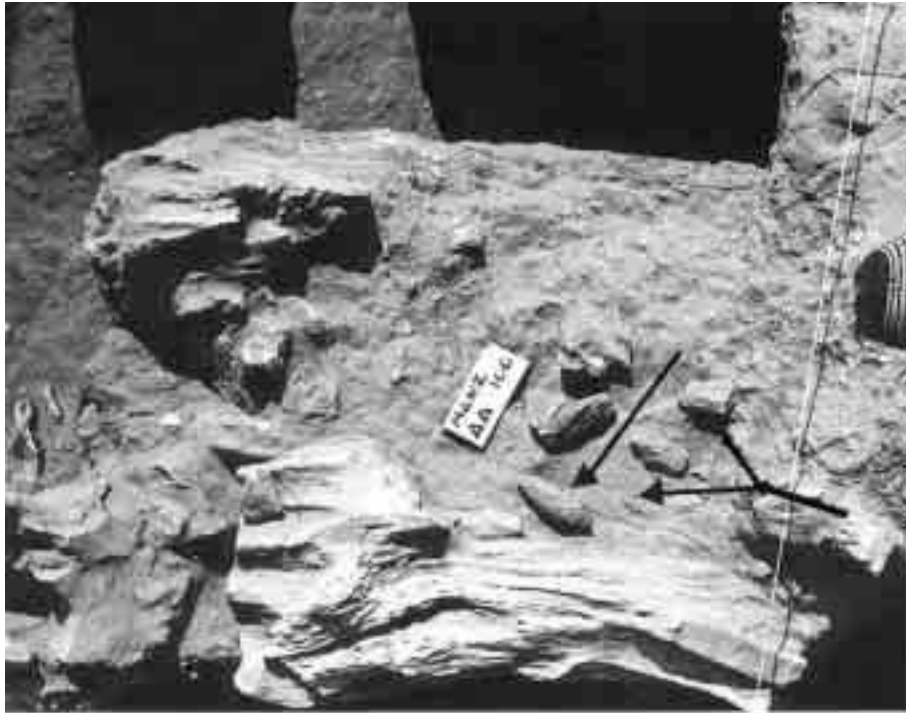


Figura 26. Excavación de la unidad 'AA 100' en Manzanillo, Maracaibo. Las flechas apuntan hacia posibles artefactos *in situ*. Nótese la ausencia de materiales que no sean maderas fósiles.



Figura 27a-d. Posibles artefactos del sitio Manzanillo. Colección I.V.I.C.

Cabe señalar que la fecha de radiocarbono mencionada por Rouse y Crucent (1963) de más de ~12,000 años A.P., asociada a un supuesto componente “Manzanillo” en el yacimiento de Rancho Peludo, es pura especulación. En primer lugar las fechas de Rancho Peludo (el complejo cerámico) fueron contaminadas con carbón mineral (lignito; ver Tartusi et al., 1984); pero además nosotros consultamos las notas de campo de las posteriores excavaciones dirigidas por Patrick Gallagher en el Río Guasare (ca. 1967), en donde nos percatamos de la ausencia de un horizonte estratigráfico ‘paleoindio’, y que los litos tallados y lascados no eran necesariamente antiguos ni tampoco estaban elaborados en madera fosilizada.

1.7 Algunas críticas a las interpretaciones de Taima-taima

Muchas objeciones —las últimas por Lynch (1990) y G. Haynes (1991:235)— surgieron acerca de la interpretación de las fechas y de las asociaciones de Taima-taima, así como de su integridad estratigráfica y deposicional. Se habló de la posibilidad de contaminación del carbón vegetal por medio de carbón terciario (lignito), o por medio del agua ascendente del manantial, y de la migración posdeposicional de materiales y artefactos (presumiblemente de la Unidad II a la I). Incluso se llegó a intentar derivar (por homologación) la tecnología y morfología de proyectiles El Jobo de tipos tales como Lerma (Norte América) y Ayampitín (N. Argentina) entre otros, e incluso se objetó que muchos de los llamados implementos líticos de fortuna (*expedient tools*) eran el producto de fuerzas naturales. Si nos atenemos a la estrategia de Whewell de ‘*concilio por inducción*’ (*consilience of induction*), la combinación de todos los factores independientes y múltiples, conspiran en indicar que, en efecto, las probabilidades son muy altas que este sea un matadero asociado a cazadores utilizando puntas de tipo El Jobo, fechado en un momento cerca de los ~13,000 años A.P. La defensa presentada en la monografía editada por Ochsenius y Gruhn (et al. [1979] 1986; también ver Gruhn y Bryan, 1984) ofrece argumentos y explicaciones muy razonables contra cada una de las objeciones.

Sin embargo, a partir de la aceptación abrumadora de la evidencia rescatada en el sitio de Monte Verde (MV-II) en Chile, con varias fechas firmemente centradas en ~12,500 años A.P. (Dillehay